

— ¡ Duerme tranquila bajo la mirada del Señor, ángel de pureza, y que el Cielo te preserve de hallarte en contacto con los ángeles de perdición de quienes acabo de separarme !

Luego, respetando aquella inmovilidad del sueño, salió de puntillas como había entrado, cerró la puerta de la alcoba y se dirigió á su habitación.

Pero no bien desapareció el último rayo de la luz de la bujía, cuando la joven se incorporó en la cama y se puso á escuchar, con el oído atento y las pupilas dilatadas. Todo había vuelto á entrar en la obscuridad y en el silencio.

Entonces, levantó la colcha de seda bajo la cual se había abrigado, extendió con precaución su desnudo pie hasta el pavimento de azulejos, y, con una rodilla sobre el borde de la cama y apoyando sus manos en la cabecera, volvió á escuchar: tranquila por la ausencia de todo ruido, avanzó hacia la puerta opuesta á la que había dado entrada al caballero, ganó el corredor que conducía á casa de la duquesa y, ligera y muda como una sombra, llegó hasta el cuarto en que se hallaba el herido.

Éste continuaba sin conocimiento. Miguel se entretenía en machacar en un mortero de bronce las hierbas cogidas por la albanesa, y Nanno exprimía el zumo de aquellas plantas en la herida de Palmieri.

## CAPÍTULO XIV

### El caballero San Felice

En uno de los capítulos precedentes dijimos que el caballero San Felice era un sabio.

Aunque los sabios, como los viajeros de Lorenzo Sterne, pueden dividirse y hasta subdividirse en multitud de categorías, creemos, sin embargo, que deben clasificarse en dos grandes especies:

Los sabios fastidiosos;

Los sabios divertidos.

La primera especie es la más numerosa y la que tiene mayor fama de sabiduría.

Nosotros hemos tenido ocasión de conocer en el curso de nuestra vida algunos sabios divertidos; en general, renegaban de ellos sus cofrades, como de hombres que echaban á perder el oficio mezclando á la ciencia algunos adarques de ingenio.

Pues bien; preciso nos es confesar, por más que nuestra franqueza le perjudique en el ánimo de nuestros lectores, que el caballero San Felice pertenecía á la segunda especie, esto es, á la de los sabios divertidos.

También dijimos al comenzar nuestra narración que el caballero San Felice era un hombre de cincuenta y cinco años, modesto en su traje, pero elegante á pesar de su sencillez, y que no habiendo adoptado ninguna especialidad en sus continuos estudios, pertenecía al número de los *sabientes* ó *sabedores* más bien que al de los *sabios*.

Gracias á su origen aristócrata, á su permanencia en la corte, á su trato con los grandes señores y á los muchos viajes que en su juventud había hecho por el extranjero, y en particular por Francia, sus modales eran distinguidos y tenía esa amable desenvoltura de los Buffón, de los Helvecio y de los Holbach, á los cuales se aproximaba por sus principios sociales y por su indiferencia, ó mejor dicho, irreligión filosófica.

En efecto: habiendo estudiado, como Galileo y Swammerdam, lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño; habiendo descendido desde los mundos que ruedan en el éter hasta los infusorios que nadan en la gota de agua; habiéndose convencido de que el astro y el átomo tenían la misma parte en el amor inmenso que el Creador prodiga á todas sus criaturas, su alma, desprendida chispa de la divina hoguera, sintió la necesidad de amar indistintamente las admirables obras del Artífice

supremo. Con la diferencia, sin embargo, que los humildes de la creación eran para él objeto de una curiosidad más cariñosa que los soberbios; casi nos atreveríamos á afirmar que las metamorfosis de la larva en ninfa y de la ninfa en escarabajo, examinadas al microscopio, le parecían tan interesantes como la perezosa marcha de Saturno, de ese coloso de los orbes novecientas veces mayor que la tierra, el cual, con el monstruoso aparato de sus siete lunas y el incomprensible adorno de su anillo, tarda más de treinta años en dar la vuelta alrededor del sol.

Estos estudios, alejándole, por decirlo así, de la vida real, le habían sumergido en la vida contemplativa. Cuando en las cálidas noches de verano, apoyado de codos en la ventana de su casa, de aquella casa bajo cuyo techo se había mecido la cuna de sus padres, permanecía inmóvil durante una hora, y á veces hasta la luz del alba, fija la vista en el surco de azulada llama, semejante á un reflejo de la estrella Venus, que trazaban en la superficie del mar los remos y la barquilla del pescador; cuando, ensimismado en profunda meditación, contemplaba aquellas guirnaldas de fuego que hacían chispear el golfo, guirnaldas que, al agitar las olas, entrelazaban los soplos del viento del sur, y que

unidas entre sí, iban á perderse tras el islote de Capri, para continuar sin duda hasta las riberas de África, algunos se preguntaban al mirarle en aquella actitud « ¿Qué hace allí ese soñador de San Felice? » Aquel soñador se entretenía sencillamente en pasar del mundo material al mundo invisible; de la vida exterior y ruidosa á la vida del silencio, de lo finito á lo infinito. Sí, considerando aquella inmensa serpiente de llamas cuyos anillos envuelven el globo, decía que no era otra cosa sino una reunión de animáculos imperceptibles, y su imaginación retrocedía asustada ante la espantosa fecundidad de la naturaleza que, bajo nosotros, sobre nosotros y alrededor de nosotros, coloca mundos misteriosos cuya existencia ni siquiera sospechamos, y por los cuales, el infinito superior, que se pierde á nuestros ojos en torrentes de lumbre, se encadena, sin interrumpirse, con el infinito inferior que desaparece en lo más profundo de los abismos y en la impenetrabilidad de las tinieblas.

Y más allá de ese doble infinito, aquel soñador de San Felice veía á Dios, no como le vió Ezequiel, atravesando por medio de las tempestades; no como le vió Moisés, en la zarza ardiente; sino resplandeciendo en la majestuosa serenidad del amor eterno,

de esa gigantesca escala de Jacob cuyos tramos abarcan la creación entera.

Quizá se crea que esa ternura infinita repartida en iguales porciones sobre toda la naturaleza quitaba una parte de intensidad á aquellos sentimientos que hicieron exclamar al poeta latino: *Yo soy hombre, y nada de lo que á la humanidad pertenece me es extraño*. Pero si en alguno ha existido esa diferencia entre el alma y el corazón, diferencia que permite al virrey del universo estar, ya sereno y tranquilo como Dios, ya alegre ó desesperado como hombre, según que contemple con su alma ó sienta con su corazón, fué sin duda en el caballero San Felice.

Mas de todos los sentimientos que elevan al habitante de nuestro planeta sobre el nivel de los animales que viven á su alrededor, á ninguno consagraba el caballero tan apasionado culto como á la amistad; y hacemos hincapié sobre esta circunstancia, porque ella ejerció en su destino profunda y particular influencia.

Educado en el colegio de nobles que fundó Carlos III, el caballero San Felice tuvo por discípulo á uno de los hombres cuyas aventuras, elegancia y elevada fortuna causaron hacia fines del último siglo más sensación en el mundo napolitano; aquel hombre era el príncipe José Caramanico.

Si el príncipe no hubiera tenido en su abono más recomendación que su título, probablemente el joven San Felice no habría experimentado por él sino ese sentimiento de respeto trivial ó de celosa envidia con que miran los niños á aquellos de sus compañeros que por la superioridad de su rango merecen la indulgencia de los maestros ; pero, además de su título de príncipe, José Caramanico tenía un carácter bellissimo y un corazón lleno de nobleza y abandono, cualidades que prometían lo que fué después un hombre pundonoroso y leal.

Sin embargo, entre el príncipe y el caballero San Felice sucedió lo que inevitablemente sucede en todas las amistades, esto es, que hubo un Orestes y un Pílates ; al caballero San Felice le tocó el papel menos brillante á los ojos del mundo, pero acaso, más meritorio á los ojos de Dios : fué Pílates.

Dadas sus disposiciones naturales, su distinguida inteligencia y su amor al estudio, compréndese lo fácil que le sería al futuro sabio adquirir cierta superioridad sobre sus rivales de colegio, así como se comprende que el futuro ministro de Nápoles, embajador de Londres y virrey de Palermo debía ser un malísimo estudiante, supuesta su apatía de gran señor.

Pues bien ; gracias al laborioso Pílates, que tra-

bajaba por ambos, el perezoso Orestes figuró siempre en primera línea, tuvo tantos premios, coronas y recompensas como San Felice, y mucho mayor mérito en opinión de los profesores, los cuales no conocían ó no querían conocer el secreto de aquella superioridad que, á semejanza de la de su posición, mantenía el príncipe sin que, al parecer, le costase ningún esfuerzo.

Pero Orestes conocía aquel secreto y continuo sacrificio, y hay que convenir en que supo apreciarle debidamente, como se verá en la continuación de nuestro relato.

Los dos jóvenes salieron del colegio, y cada cual siguió la carrera que le señalaba su vocación ó su rango. Caramanico abrazó la de las armas, San Felice la de la ciencia.

El príncipe entró como capitán en un regimiento de Lipariotas, llamado así á causa de que se componía en su mayor parte de soldados originarios de las islas Lípari. El mando de aquel regimiento, formado por el rey, estaba á cargo del monarca, el cual tenía el título de coronel ; el favor de ser admitido en sus filas como oficial, era el más grande que podía concederse á un noble napolitano.

Mientras tanto, San Felice se dedicó á viajar, y visitó la Francia, la Alemania y la Inglaterra ;

cuando volvió á Nápoles, después de cinco años de ausencia, encontró al príncipe Caramanico siendo primer ministro y amante de la reina Carolina.

Al subir al poder, el primer cuidado del príncipe había sido asegurar una posición independiente á su querido amigo San Felice: al efecto le había hecho nombrar durante su ausencia caballero de Malta, con exención de votos, y había conseguido que le dieran una abadía de dos mil ducados de rendimiento. Con esta renta y los mil ducados que le producía su fortuna patrimonial, San Felice era comparativamente el hombre más rico de Nápoles, gracias á la sencillez de sus gustos.

Los dos jóvenes habían marchado por el camino de la vida y llegado á ser hombres sin que su amistad se resfriara en lo más mínimo; pero ocupados, el uno en estudios científicos, el otro en combinaciones políticas, no se veían sino muy rara vez.

Hacia el año de 1783 empezaron á inquietar á San Felice algunos rumores que respecto á la próxima desgracia del príncipe circulaban por la ciudad: decíase que Caramanico, abrumado de negocios y queriendo dotar á Nápoles de una marina respetable para que fuera lo que á su juicio debía ser, potencia marítima, y no continental, según opinaba

el rey, se había dirigido á Leopoldo, gran duque de Toscana, suplicándole que le cediese, para ponerle al frente de la marina napolitana con el título de almirante, un hombre que acababa de adquirir cierta celebridad á causa de una expedición contra los berberiscos.

Aquel hombre era el caballero Juan Actón, de origen irlandés, aunque nacido en Francia.

Pero Actón fué la víbora de la fábula: no bien obtuvo en la corte de Nápoles el puesto debido á la protección de Caramanico, puesto que ni siquiera le pasaba por sueños, cuando empezó á intrigar para apoderarse del ánimo de la reina y de la dirección de los negocios, la cual debía el príncipe, no á su rango ni á su mérito personal, sino al afecto de Carolina.

En una hermosa y apacible noche del mes de Mayo, á la hora en que San Felice se ocupaba en cazar luciérnagas en el lindo jardín cuya descripción hicimos antes, para estudiar en ellas al volver la mañana la degradación de la luz, el príncipe Caramanico se presentó en su casa como un simple particular, sin permitir que le anunciaran.

Al verle, San Felice arrojó un grito de alegría y le recibió en sus brazos apretándole contra su corazón.

El príncipe correspondió á sus cariñosos extre-

mos con su cordialidad acostumbrada, pero de una manera más vehemente; diríase que el sello de tristeza que cubría su semblante daba intensidad á las demostraciones de su ternura.

San Felice trató de conducirlo hacia la gradería á fin de entrar en la quinta; pero el príncipe, que pasaba los días encerrado en su despacho desde la mañana hasta la noche, no quiso desperdiciar la ocasión de respirar el aire perfumado por los naranjos, cuyo metálico follaje se estremecía sobre su cabeza; el cielo estaba puro y sereno, la luna rielaba en las aguas del golfo, y una brisa tibia y suave soplaba de la parte del mar. Caramanico señaló á su amigo un banco rústico apoyado en el tronco de la palmera, y ambos tomaron asiento.

El príncipe permaneció un instante sin despegar los labios, como si vacilase en turbar el silencio de aquella naturaleza muda: luego, lanzando un suspiro:

— Amigo mío, dijo; vengo á decirte adiós, tal vez para siempre.

San Felice se estremeció y se le quedó mirando fijamente; creía no haber entendido bien.

Caramanico movió su hermosa y pálida cabeza con aire melancólico, y, con una profunda expresión de desaliento:

— ¡Estoy cansado de luchar! repuso; conozco que tengo que habérmelas con quien es más fuerte que yo; mi honor sucumbiría tal vez en esta lucha, y es indudable que en ella perdería la vida.

— Pero, ¿y la reina? preguntó San Felice.

— La reina Carolina es mujer, amigo mío, respondió el príncipe; y por consiguiente débil y voluble. Hoy no ve sino por los ojos de ese intrigante irlandés, que mucho me temo sea la ruina del Estado. Pero si el trono se derrumba, que se derrumbe sin mí. Y como no quiero contribuir á su caída, voy á marchar.

— ¿Adónde? preguntó San Felice.

— He aceptado la embajada de Londres: es un destierro honroso. Conmigo irán mi mujer y mis hijos, pues no quiero que se queden expuestos á los peligros del aislamiento; pero hay una persona querida la cual me veo obligado á dejar en Nápoles, y he contado contigo para que me reemplaces cerca de ella.

— ¿Cerca de ella? repitió el sabio con cierta inquietud.

— Tranquilízate, añadió el príncipe esforzándose por sonreír; no es una mujer, es una niña.

— Sí, prosiguió Caramanico, una joven me consolaba en medio de mis tristezas. Ángel del cielo,

voló á su patria dejándome un recuerdo viviente de su cariño: una niña que acaba de cumplir cinco años.

— Continúa, dijo San Felice.

— Como nació después de mi casamiento, no puedo reconocerla, ni darle una posición social; además, la reina ignora y debe ignorar la existencia de esa niña.

— ¿Y dónde la tienes?

— En Pórtici. De cuando en cuando, me la traían para verla; otra veces iba yo á pasar algunas horas á su lado, horas que eran para mí de infinita delicia. ¡La amo tanto!... ¡pobrecilla! mucho me temo que haya venido al mundo en un día nefasto. ¿Me creerás, amigo mio? menos me cuesta abandonar el ministerio, á Nápoles, á mi país que á ese pedazo de mi alma; porque ella es el fruto de mis amores, el consuelo de mi vida.

— Sí, te creo, Caramanico, dijo el caballero con su amable sencillez; te creo, y yo también la amo.

— ¡Oh! ¡tanto mejor! repuso el príncipe. Bien hice en contar contigo para que la sirvas de padre. Como tú comprenderás, quiero que mi hija tenga una fortuna independiente. Al efecto, aquí tienes una póliza de cincuenta mil ducados extendida á nombre tuyo. Esta suma, administrada por ti,

se duplicará en catorce ó quince años con la sola acumulación de los intereses; tú gastarás de tu bolsillo cuanto sea necesario para su manutención, y luego te reintegrarás cuando mi hija se case ó sea mayor de edad.

— Dispensa, amigo mío, dijo el príncipe sonriendo; lo que te pido es un favor, y á mí me toca establecer las condiciones.

San Felice inclinó la cabeza.

— ¿Por ventura me querrás menos de lo que yo pensaba? murmuró.

— No, amigo, repuso el príncipe. Tú eres el hombre que más quiero y estimo en el mundo, y la prueba es que te dejo encomendada la parte más pura de mi corazón: el tesoro que más aprecio.

— Escucha, amigo mío, dijo el sabio con acento vacilante; quisiera pedirte un favor, un favor que, si me lo concedieras, me haría bien dichoso.

— ¿Cuál?

— Yo vivo aquí solo, sin familia, casi sin amigos, el aburrimiento no viene jamás á visitarme, porque es imposible que el hombre se aburra teniendo siempre abierto ante sus ojos el gran libro de la naturaleza; amo en general todos los seres creados: la hierba que se inclina bajo el peso de las gotas del rocío como una carga demasiado pesada para ella;

el escarabajo de las alas de oro en las cuales se mira el sol; las abejas que me construyen una ciudad; las hormigas que me fundan una república, y hasta las luciérnagas que me entretenían en buscar cuando tú llegaste; pero mi amor no es exclusivo por ninguna de esas cosas, todas las amo por igual, y en medio de todas ellas no hay ninguna que me ame. Si me fuera permitido traer aquí á la niña, reconcentraría en ella mi cariño, y quizá ella me amase un poco en cambio de mi ternura. El aire del Pausilipo es excelente y espléndida la vista que se alcanza desde mis ventanas; tu hija tendría aquí un gran jardín donde correr detrás de las mariposas, flores al alcance de su mano, sabrosas naranjas á la altura de su cabeza, y crecería flexible como esa palmera cuya gracia y vigor llegaría á adquirir en poco tiempo. Dime, amigo mío, ¿quieres que tu hija viva aquí conmigo?

Caramanico le miraba con los ojos arrasados de lágrimas, moviendo ligeramente la cabeza en señal de aprobación.

— Además, continuó San Felice, creyéndose que su amigo no estaba suficientemente convencido; un sabio no tiene maldita la cosa que hacer. Pues bien, yo me dedicaré con alma y vida á su educación, y la enseñaré á leer y escribir y á hablar inglés y

francés; porque sábeta que soy más instruído de lo que algunos creen. El estudio de la ciencia me divierte, pero me fastidia el hacer alardes de sabio. He ahí por qué todos esos reo-libros napolitanos, todos esos académicos de Herculano, todos esos rebuscadores de Pompeya me miran por encima del hombro y dicen que soy un ignorante. Como para hablar de Dios y de la naturaleza no me valgo de su tenebrosa fraseología, sino que lo hago con sencillez, creen que no veo más allá de mis narices; pero se engañan, Caramanico, y te aseguro, aunque parezca inmodestia, que lo menos sé tanto como ellos, tal vez más... ¿No me respondes, amigo mío?

— No, te escucho y te admiro, San Felice. Tú eres el elegido del Señor, la criatura por excelencia: sí, amigo mío, traerás á tu lado á mi hija y ella te amaré como si fueras su verdadero padre; pero á condición de que todos los días la hables de mí, de que trates de que yo sea, después de ti, la persona que más ame en el mundo.

— ¡Oh! ¡cuán bueno eres, Caramanico! exclamó el caballero enjugando sus lágrimas. Y ahora, ¿no me has dicho que está en Pórtici? ¿Cómo reconoceré la casa en que vive? ¿Cómo se llama? porque supongo que le habrás puesto un lindo nombre.

— Aquí tienes, amigo mío, repuso el príncipe, las

señas de la mujer que la cuida y la orden para que durante mi ausencia te miren como si fueras su padre... Adiós, San Felice, añadió poniéndose en pie; puedes enorgullecerte de haberme prestado con tu asentimiento la única alegría, el solo consuelo que podía esperar en este mundo.

Los dos amigos se abrazaron como dos niños y lloraron como dos mujeres.

Al día siguiente el príncipe Caramanico salía para Londres, y la niña Luisa Molina se instalaba con su aya en la casa de la Palmera.

## CAPÍTULO XV

Luisa Molina.

En la mañana del día en que la niña Luisa Molina debía abandonar á Pórtici, el caballero San Felice, no queriendo sin duda confiar á nadie el desempeño de tan importante comisión, empezó á recorrer las tiendas de juguetes de la calle de Toledo, é hizo en ellas una abundante compra de carneros blancos, de muñecas articuladas que andaban solas y de polichinelas que daban el salto mortal; al ver al digno sabio entretenido en empaquetar aquellos inútiles objetos, cualquiera hubiese creído que se hallaba encargado por algún príncipe extranjero de reunir para sus hijos una colección completa de juguetes napolitanos. Pero no había tal cosa: toda aquella insólita adquisición estaba destinada á los placeres de la niña Luisa.

En seguida se procedió á los preparativos de mudanza. Destinóse á los nuevos huéspedes el más lindo cuarto de la casa, cuyas dos ventanas daban, una sobre el golfo, otra sobre el jardín. Junto á la